

III. FILÓSOFO VS. SOFISTA

Estamos acostumbrados a oír, de vez en cuando, en el fragor de una discusión, que uno de los participantes le dice a otro: “¡Tú eres un sofista!”. ¿Qué quiere decir esto? ¿A qué alude? O: “Ese comentarista —un personaje de la radio, la televisión o la prensa escrita— es un sofista”. Normalmente es una descalificación que reconoce que una persona habla bien, pero niega el valor de lo que afirma: nos engaña, aun cuando no sepamos cómo desenmascararlo. Tiene un buen discurso, una buena pluma, pero —en alguna parte, a veces bien escondida— hay una trampa con la que nos convence o casi nos convence de algo que es falso. Esa es la imagen del sofista, que quedó inmortalizada después de ese gran choque histórico —quizá uno de los enfrentamientos intelectuales que marcaron nuestra cultura— entre Sócrates y esos personajes refinados del siglo V a. C., que eran los sofistas. No obstante, a pesar de todo lo malo —de la muerte de Sócrates, condenado injustamente por amar la verdad—, voy a recordar, en primer lugar, los méritos de los sofistas. No todo fue perverso en ellos, aunque hayan pasado a la historia con este prestigio bastante negativo. Después intentaré mostrar que hay que optar, efectivamente, entre dos modelos humanos: el del filósofo y el del sofista. No es esta la disyuntiva que hemos visto antes, entre el que es un filósofo de manera consciente y el pobre ciudadano que inconscientemente asume ideas que nunca ha pensado.³⁰ No. Ahora se trata de una opción más radical, la elección deliberada entre dos modelos humanos asumidos por personas que piensan, que enfrentan las cuestiones fundamentales y que moldean su vida de acuerdo con una de estas posibilidades. Finalmente, procuraré mostrar cómo se ha renovado la sofística, especialmente en el siglo XX y lo que llevamos del siglo XXI, de manera que la confrontación actual es, por decirlo así, una reanudación de ese gran choque cultural que hubo entre Sócrates y los sofistas. Sócrates venció en su lucha: cuando bebió la cicuta, ganó la batalla por la cultura de Atenas y del mundo. El ideal de la humanidad, desde Sócrates hasta el siglo XIX, siempre había sido el ideal socrático; pero, a partir del siglo XX, ya son cada vez más los intelectuales, incluso a veces filósofos pro-

³⁰ *Cf. supra* cap. I.

fesionales, que en realidad han rechazado la opción socrática y han abrazado nuevamente la sofística. Quizás podríamos llamarlas, a esas pseudofilosofías actuales, una “sofística *reloaded*”, recargada, inmunizada contra la crítica tradicional socrática.

1. *Los méritos de los sofistas*

Consideremos brevemente los méritos de los sofistas.³¹ Hasta antes del siglo V a. C., en los siglos VI y VII a. C., con el despertar de la filosofía en la antigua Grecia, los primeros pensadores se habían ocupado del mundo de la naturaleza, de explicar la realidad subyacente a las apariencias. Tales de Mileto decía que todo, en realidad, es agua; nos aparecen las cosas diferenciadas, pero lo más profundo de ellas es agua: agua que se evapora, agua que se condensa, agua que se solidifica.³² A nosotros, ahora, nos puede parecer muy elemental esta visión; pero después vienen otros filósofos, que identifican como principio del mundo material esas unidades indivisibles de materia: los átomos de Demócrito.³³ Y entonces ya no nos parece tan elemental la explicación, porque nosotros todavía usamos esa categoría filosófica en las ciencias empíricas, que hablan de átomos, aunque los conocen con un detalle que Demócrito no pudo alcanzar nunca. Sin embargo, después de dos siglos de ocuparse de la naturaleza, de la φύσις, especialmente por causa de la crisis cultural en la antigua Grecia —notoria en Atenas—, esa típica crisis posterior a una época de apogeo, comienzan a surgir estos intelectuales cuyo fin no es la filosofía. Ellos no se consideran a sí mismos filósofos, sino educadores de la juventud, formadores de las elites que tienen que gobernar; es decir, no les dan clases a esclavos o artesanos, sino a los ciudadanos que habrán de ejercer el poder. El pueblo los sigue llamando sofistas, sabios. Esa es la fama que tienen, la de hombres sabios; pero ya no se ocupan de la física, ni de las grandes cuestiones metafísicas, sino de la política, la ética, el hombre, y siempre con una mira práctica —pragmática, utilitaria—, que es formar a la gente joven para que tenga éxito en la política.

Uno de los méritos de estos sofistas —a pesar de la lamentable subordinación del saber al poder, renovada en el siglo XVI por Bacon y Descar-

³¹ Sobre algunos méritos de los sofistas, especialmente en educación, véase Fraile Martín, Guillermo, *Historia de la filosofía*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1957, vol. I, p. 195.

³² *Met.*, I, 3, 983b20.

³³ Cfr. Martínez Marzoa, Felipe, *Historia de la filosofía antigua*, Madrid, Akal, 1995, p. 70.

tes— es haber sido los fundadores de la educación formal en Occidente. En todas las culturas hay un tipo de educación. Las generaciones nuevas son educadas por las anteriores, al interior de la familia, al interior de un gremio profesional, mediante los ritos de iniciación de la tribu, etcétera. Siempre tiene que haber educación, que es como el alma de la familia; pero un maestro que viaja de ciudad en ciudad, reuniéndose con los hijos jóvenes de los dirigentes de cada *polis*, para enseñarles a hablar bien, a leer, a escribir, a intervenir en un debate... ¡eso era algo nuevo!: la educación formal, lo que hacen ahora los colegios y las universidades, todas las instituciones de educación básica, media y superior. Los universitarios se forman para tener una preparación intelectual superior. La educación con unos programas, con unos objetivos claros, incluso con una utilidad práctica en el sentido más elevado —la política—, fue un invento de los sofistas. Fue un gran aporte a la cultura de la humanidad: la idea de que para gobernar hay que prepararse de un modo sistemático. Los que se formaban de manera rigurosa tenían más éxito que los que no lo hacían. Por eso las familias estaban dispuestas a pagarles, a los sofistas, por sus clases.

Otro mérito de los sofistas fue el de revitalizar la retórica. La retórica ya se conocía como arte; pero ellos le dan una importancia muy grande, la enseñan a niveles que antes no se habían alcanzado y que se pueden apreciar en los diálogos platónicos, porque tanto Sócrates como los sofistas —que se contraponen a Sócrates en su actitud respecto de la verdad— hacen uso de este arte que es la retórica. Si uno se situara mentalmente o viajara con la máquina del tiempo a uno de estos diálogos entre Sócrates y los sofistas, y los comparara con los filósofos anteriores, quizá pensaría que Sócrates era uno de los sofistas, simplemente porque él también cultivaba la retórica: hablar bien, dirigir los argumentos, llevar al otro de un argumento al siguiente por la fuerza de la lógica, refutarlo, hacerlo incurrir en contradicciones... Nos parecería de entrada que Sócrates es uno más de los sofistas. Si tuviéramos tiempo de convivir con Sócrates, en cambio, y de convivir con los sofistas, de tener la experiencia que tuvo Platón —su despertar al amor de la verdad—, entonces nos daríamos cuenta de que Sócrates no es simplemente uno más de los sofistas, aunque pueda compartir con ellos algunos rasgos exteriores.

2. *Dos modelos humanos: filósofos y sofistas*

Sócrates es y no es uno de los antiguos sofistas. Esta idea nos lleva a la confrontación entre dos modelos humanos, que podemos simplificar de

la siguiente manera: poniendo a un lado a los sofistas y, al otro lado, a Sócrates. Primero, en relación con ese asunto de la verdad y de la filosofía, para Sócrates hay una verdad que se ha de investigar. Ya no es sólo la verdad de la naturaleza física, sino que es esencialmente la verdad interior acerca del hombre. Y está claro que él es irónico y que se da cuenta de que no se puede dominar la verdad.

En los diálogos platónicos, se ve que Sócrates, después de avanzar un trecho en la elucidación de la definición de una virtud o de otro problema, termina el diálogo y nos deja no pocos cabos sueltos. No se ha llegado a una definición acabada. ¿Por qué? Porque la verdad no es algo que nosotros dominemos, sino que es algo que vamos descubriendo poco a poco, y podemos cometer errores, y entonces agradecemos que alguien nos refute, porque la refutación del error es una forma de alcanzar un aspecto de la verdad.

En cambio, el sofista es normalmente escéptico, piensa que no se puede conocer la verdad. Para él, ser refutado es ser derrotado. Uno puede darse cuenta de si está más cerca del modelo socrático o del modelo sofístico cuando discute sobre cualquier cosa. Si a mí me refutan, ¿me defiendo hasta el final —aquí yo no pierdo la discusión— o, por el contrario, si comienzo a ver que el argumento del otro es bueno, le digo: “En realidad, parece que en eso tienes razón, a ver veámoslo un poco mejor”? La primera actitud es la del sofista, la del niño de ocho años que nunca da su brazo a torcer... o el adolescente de dieciséis... La segunda actitud es la del filósofo socrático, que no se deja convencer con cualquier argumento —algo de un razonable escepticismo tiene: mira las cosas con distancia—; pero, cuando el argumento es bueno, dice: “Sí, parece que esto que tú dices es verdad: ¡gracias por refutarme!”. Agradecer la refutación implica un compromiso con la verdad; en cambio, el otro no puede agradecer la refutación porque detrás de la refutación no descubre una verdad que sea común a los dos, que los engrandezca a los dos, sino que ve solamente una derrota.

Otra diferencia entre el sofista y Sócrates es que a menudo el sofista es brillante, aunque sea poco sólido, y, al revés, muchos filósofos son un poco apagados porque pretenden ser rigurosos y se fijan menos en los oropeles. Se da la paradoja de que, ante el público incauto, inculto, ignorante, el sofista parece más filósofo que el filósofo. Esta es la cuestión de la diferencia entre la realidad y la apariencia. Podemos encontrarnos en la vida con personas que son verdaderos filósofos, pero que, como no hacen ningún empeño de propaganda, de brillo, pasan inadvertidos. Otros, en cambio, están vacíos, no creen en ninguna verdad, pero son tan brillantes que parecen verdaderamente sabios. Ahí está el dilema de la retórica. La retórica es un

arte ambiguo. La retórica es el arte de persuadir a otro mediante la palabra y puede concebirse de una forma completamente amoral. ¡Y de hecho funciona como una técnica al servicio del mal! Se puede usar como mera propaganda o se puede concebir de una forma según la cual la retórica está conectada con la ética. Siempre goza de su autonomía como técnica, pero posee también una cierta conexión con la ética porque se usa como instrumento para persuadir de la verdad. En el caso del sofista, se rompe este vínculo. En el diálogo de Sócrates con Gorgias se plantea la cuestión de si la auténtica retórica es mera técnica de persuasión amoral o exige la virtud en el hablante y en los que aprenden a persuadir. Lo propio del sofista es el uso amoral de la capacidad de pronunciar discursos. El sofista se enorgullece de que con las palabras puede hacer de la mejor razón, la peor; y de la peor razón, la mejor, como dice Gorgias.³⁴

El sofista se caracteriza por la voluntad de poder, de dominación. El filósofo, en cambio, tiene voluntad de verdad; y eso significa una voluntad de servicio, porque, cuando nosotros conseguimos no solo descubrir la verdad, sino también que otro la descubra, lo estamos sirviendo, le estamos prestando un servicio, no le estamos imponiendo nuestra voluntad. Nadie se puede sentir dominado cuando le ayudan a descubrir algo que es verdadero, porque esa verdad no se identifica ni con la persona ni con la voluntad de quien nos ayuda a descubrirla. Si yo voy a las clases de un gran físico nuclear y me explica la estructura del átomo, las cuatro fuerzas subatómicas, etcétera, voy descubriendo todo aquello y me maravillo. Al final de la clase, le digo simplemente “¡gracias!”, porque se me ha abierto un mundo nuevo. Yo sé que ese profesor no es el dueño de ese mundo; no lo domina, sino que lo descubre, y lo comparte generosamente conmigo. Por tanto, la verdad es algo común, algo que une y que no implica dominación de una persona por otra.

Otra diferencia se relaciona con el lucro. El sofista enseña a cambio de dinero. “A los atenienses, que aborrecían todo trabajo retribuido, les resultaban por lo menos extraños aquellos extranjeros que vendían sus lecciones por dinero. Platón los califica de «mercaderes ambulantes de golosinas del alma»”.³⁵ Sócrates piensa que la verdad es algo que se recibe gratuitamente y, por lo tanto, se debe dar gratuitamente. Por eso no acepta dinero como remuneración, aunque no rechaza de plano toda ayuda de los discípulos. Se trata de un tema que ha complicado durante toda la historia a los filósofos y a otras personas que viven para enseñar o para dar a los demás los bienes más altos. El filósofo, ¿tiene que vivir como vivió Sócrates, como un mendi-

³⁴ Cfr. *Gorgias*, 456b-c.

³⁵ Fraile, Martín, *Historia de la filosofía, cit.*, vol. I, p. 194.

go harapiiento, que vive prácticamente de la limosna y no puede ser un ciudadano más o menos normal? ¿Cómo resolver este dilema? ¿O no ves el dilema, porque estás tan corrompido que piensas que todo se puede comprar y vender? Un profesor, por ejemplo, que transmite una verdad que no es suya, que es un don recibido, ¿tendría que decirle a la universidad que no le pagara? Si yo quisiera ser socrático, ¿tendría que pedirle a la Universidad Católica: “Déjenme dar las clases, pero, por favor, ¡no me paguen!”? ¿Y si la falta del sustento diario, del mínimo necesario para vivir dignamente y derrochar energía enseñando e investigando la verdad, me impide precisamente dar gratis lo que gratis he recibido? ¿Qué hacemos? Lo mismo les sucede a los sacerdotes, que no deben cobrar por los bienes espirituales —eso es la simonía, un pecado muy grave: vender las cosas espirituales—;³⁶ pero tienen que vivir de algo. Algunos viven pobres como ratas, porque los feligreses no se dan cuenta de que el cura necesita comer y moverse y descansar y reponer las fuerzas. En su libro *El diálogo*, santa Catalina de Siena, que tuvo muchas revelaciones, narra que Jesús le dice que los sacerdotes tienen que dar gratis lo que recibieron gratis.³⁷ Por tanto, no pueden cobrar por lo que hacen y tienen que vivir de la limosna; pero, después, Jesús le dice que, en consecuencia, los fieles, que tienen bienes temporales por Providencia Divina, están obligados a dar estas limosnas. Así es como, en el ámbito de la Iglesia, se resuelve el dilema socrático de si lucro o gratuidad. La respuesta es: ¡gratuidad! Pero hemos de encontrar una fórmula para que no se nos mueran los sacerdotes. La fórmula, en realidad, también la sugirió Sócrates:

El que ha recibido otra clase de beneficio, por ejemplo, adquirir rapidez en la carrera por los cuidados de un maestro de gimnasia, quizá pueda negar el reconocimiento a su maestro si éste confía en el discípulo y, después de haber convenido con él una retribución, no cobra el dinero exactamente al mismo tiempo que le procura esa rapidez.³⁸

En el ámbito de los intelectuales, filósofos, etcétera, ¿cómo se hace? En realidad, debe ser algo parecido: gratuidad en la enseñanza y algún tipo de sueldo digno, que no será el que el filósofo maestro ganaría en el mercado, dedicado a los negocios. Sin embargo, según la fórmula socrática, si los maestros son buenos y forman a discípulos justos, estos deberán estar dispuestos a pagar lo necesario para sostener dignamente a sus maestros. Ese

³⁶ Cfr. *Hechos de los Apóstoles*, 8: 9-21.

³⁷ Cfr. Santa Catalina de Siena, *El diálogo*, §114.

³⁸ *Gorgias*, 520c.

es el punto de equilibrio, y, de hecho, hay muchos profesores que reciben unos sueldos muy bajos, pero están haciendo lo que les gusta.

Otro contraste entre Sócrates y los sofistas se da en lo relativo a la religión. La religión tradicional en la antigua Grecia estaba en crisis. Frente a la crisis, los sofistas optan por el agnosticismo, en general, o derechamente por el ateísmo. “En religión, la actitud de los sofistas llegaba con frecuencia al ateísmo, o por lo menos al indiferentismo”.³⁹ Así dice Protágoras: “Con respecto a los dioses, no tengo medios de saber ni qué son ni qué no son, ni cuál es su aspecto. Muchas son en efecto las dificultades para saberlo, su invisibilidad y el hecho de que la vida del hombre es corta”.⁴⁰ En cambio, Sócrates confía en la razón también para abordar críticamente la cuestión religiosa. Por las fuentes que tenemos, sabemos que Sócrates no lo hace de forma demasiado sistemática y rigurosa, como lo hará su discípulo Platón, en sus diálogos tardíos, o más tarde Aristóteles.⁴¹ Sócrates sí que aplica la razón a la crítica de la religión y por eso purifica la religión tradicional. En Sócrates no tenemos claro si él llegó a la idea del monoteísmo, pero en Platón ya está claro el monoteísmo, que no tiene nada que ver con la religión de su época.⁴² Entonces él usó la filosofía para purificar la religión, para acrisolar la religión. No todos los auténticos filósofos serán necesariamente cristianos, porque la fe es un don sobrenatural y porque conjugar la razón y la fe de manera armoniosa no es fácil; pero el filósofo huye de dos extremos: entregarse sin más a una concepción religiosa tradicional tal como ha sido recibida —sin importarle sus confusiones o errores—, evitando la crítica racional de la religión —que en el cristianismo da origen a la sagrada teología—, o, por el contrario, simplemente desentenderse del problema religioso para refugiarse en el escepticismo o el agnosticismo. El filósofo auténtico podría ser, durante algún tiempo al menos, ateo o agnóstico —a veces, por haberse formado en esa tradición: por respeto a sus padres—; pero no dejará de plantearse a fondo la cuestión, y, con frecuencia, arribará racionalmente a la existencia de Dios. Así se ha visto en casos notables del siglo XX, como los de Alasdair MacIntyre y Antony Flew, entre muchos. MacIntyre se convirtió al catolicismo. Flew, en cambio, tras ser durante décadas uno de los más prominentes defensores del ateísmo militante en Inglaterra, admitió

³⁹ Fraile, Martín, *Historia de la filosofía, cit.*, vol. I, p. 194.

⁴⁰ DK 74 B 4, traducido en Brunschwig, Jacques y Lloyd, Geoffrey, *Diccionario Akal de: El saber griego*, Madrid, Akal, 2000, p. 573.

⁴¹ Sobre Sócrates y la religión, véase Yarza, Iñaki, *Historia de la filosofía antigua*, Pamplona, Eunsa, 1983, pp. 80-81.

⁴² *Cf.* *Timeo*, 27d.

que la razón arriba a la existencia de Dios como Ser Supremo en un sentido parecido al ya probado por Aristóteles. Este caso reviste el interés adicional —aunque no sea tan perfecto como el de MacIntyre— de mostrar que, en la práctica, puede arribarse a la convicción racional sobre la existencia de Dios sin haber pasado antes por una experiencia religiosa o de conversión espiritual.⁴³

Un último punto, dentro de este apartado, es el de la contraposición entre el querer tener éxito siempre a toda costa y el querer ser fiel a la conciencia, a pesar de que esto último implique el fracaso. El sofista quiere el éxito. ¿Por qué hago esto? Para tener éxito. Éxito significa dinero, poder, fama, los bienes que atraen y que pueden alejar de un compromiso total con la conciencia, porque el compromiso total con la conciencia es peligroso: puede hacer que alguien pierda su dinero, si tiene que cumplir un contrato cuando ya no le conviene; o pierda el poder cuando deba hacer algo impopular; o pierda la fama incluso, cuando, por fidelidad a la conciencia —que es un impulso interior poderoso, en el caso del filósofo— haya de obrar contra las convenciones del tiempo y del lugar en el que vive. Él piensa que es algo bueno, virtuoso, porque está de acuerdo con la verdad que ve en su conciencia, pero se da cuenta de que choca con lo que una masa de gente considera bueno. En la terminología acuñada en los últimos veinte o treinta años, se diría que hace lo que es correcto, aunque no es *políticamente correcto*. Entonces pierde su fama porque parece malo ante los ojos de la masa manipulada, cuando en realidad es bueno. El que opta, entonces, por ser filósofo y no sofista, sigue lo que su conciencia le dicta, aunque las consecuencias, desde el punto de vista de los bienes temporales, no sean muy buenas o sean realmente malas.

3. *La sofística recargada y las esperanzas de la filosofía*

Terminamos este capítulo con una referencia elemental a lo que ha acontecido en los últimos doscientos años, más o menos. Han surgido las llamadas filosofías de la sospecha, es decir, filosofías que, como los antiguos sofistas, vuelven a atacar la idea de verdad y que insinúan que hay un interés corrupto detrás de lo que antes era aceptado como algo bueno por la

⁴³ Cfr. Flew y Habermas, “My Pilgrimage from Atheism to Theism: A Discussion between Antony Flew and Gary R. Habermas”, *Philosophia Christi*, vol. 6, núm. 2, 2004, pp. 197-212, y Flew, Antony y Varghese, Roy Abraham, *There is a God: How the World's Most Notorious Atheist Changed His Mind*, Nueva York, Harper Collins, 2007, p. 222.

filosofía. En el siglo XX se han escrito varias defensas de los sofistas.⁴⁴ Paul Ricoeur, un filósofo que rechaza esas sospechas radicales, ha identificado a los tres grandes maestros de la sospecha: Karl Marx, Friedrich Nietzsche y Sigmund Freud.⁴⁵ Ellos toman algunos aspectos de la realidad y dicen que, detrás de lo que la gente cree que es la verdad, hay otra cosa. Entonces, los que son embaucados por alguna filosofía de la sospecha empiezan a sospechar de la verdad, o a sospechar de la cultura, o de la ética o de la religión.

El caso de Karl Marx es clarísimo. Según él, en la sociedad hay una infraestructura económica que lo determina todo, y una lucha de clases que es el motor de la historia; pero todo eso es recubierto por unas superestructuras, que son la ética, la religión, el derecho, impuestas por los burgueses dominantes sobre los proletarios, para dominarlos, someterlos, explotarlos. Mientras la gente cree en ese orden ético, religioso, jurídico, etcétera, no es consciente de la lucha de clases. Los explotados viven en la inconsciencia, alienados, explotados por la clase dominante, que es la que establece estas superestructuras. ¿Qué hay que hacer, entonces, para liberarse? Lo primero, por supuesto, es sospechar de la religión, de la ética, del derecho, de todo el orden burgués, para recuperar la conciencia de clase y entrar así en la historia. Marx renueva la sospecha sofística contra la verdad abstracta y universal. La misma idea de verdad, promovida por los filósofos, no es más que un instrumento de opresión.⁴⁶ Algo parecido hace Nietzsche, para el cual la voluntad de verdad, que se nos ha predicado durante tanto tiempo, no es más que un instrumento de los débiles para dominar a los fuertes y enmascarar la voluntad de poder, que es lo que verdaderamente existe en cada uno de nosotros. Cuando uno parece buscar la verdad, en realidad se está engañando a sí mismo. Y otro tanto Freud, que pretende reducir la cultura a mera sublimación de la libido, y la acción consciente a los impulsos inconscientes de los que los mismos agentes, por definición, no tienen una clara advertencia. Freud introduce la sospecha contra todo el orden moral y cultural precedente: aparece como represión de unas fuerzas inconscientes, una represión que explicaría las neurosis, con lo cual se ha desatado una liberación sexual como medio de liberación de todos los sufrimientos psíquicos. Naturalmente, Freud pudo ser más refinado que los que, usando su sospecha

⁴⁴ Entre ellas, Cassin, Barbara, *El efecto sofístico*, trad. de Horacio Pons, México, Fondo de Cultura Económica, 2008.

⁴⁵ Cfr. Ricoeur, Paul, *Freud: una interpretación de la cultura*, trad. de Armando Suárez, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970, pp. 34 y 35.

⁴⁶ Cfr. Ibáñez, José Miguel, *El marxismo: visión crítica*, Santiago, Universidad Católica de Chile, 1981, pp. 126 y 127.

radical, simplemente difundieron una vía sencilla —favorecida por infinito número de psicoanalistas desviados— de racionalización de la lujuria.

El efecto de todos ellos es introducir la sospecha en el ánimo de cada uno, de manera que terminemos rechazando la idea de verdad. Es muy curioso el proceso, que Nietzsche advierte lúcidamente en *La genealogía de la moral*. Las personas, especialmente los jóvenes, quieren descubrir la verdad. Esto es lo que los mueve originariamente: voluntad de verdad. Y, porque quieren descubrir la verdad, cuando se van introduciendo en cuál es el origen de la moral, se dan cuenta —según Nietzsche— de que el origen de la moral no es lo que les predicaban sus sabios, sus filósofos o sus curas... Entonces pierden la confianza en la verdad o comienzan a sospechar de la verdad.⁴⁷

Curiosamente, incluso detrás de la filosofía de la sospecha está la idea de verdad. Los nuevos sofistas me quieren hacer sospechar de la idea de verdad, pero están presuponiendo implícitamente que hay una verdad, a la que no van a llamar así: la verdad de la lucha de clases, de la sublimación del instinto sexual, de la voluntad de poder. ¿Cómo opera, en el espíritu humano, la filosofía de la sospecha? Opera porque queremos encontrar la verdad. Bajo la aceptación acrítica de alguna forma de filosofía de la sospecha yace el amor a la verdad, un amor decepcionado, un amor despedido. Y esa es la paradoja: queremos encontrar la verdad y, porque queremos encontrarla con certeza, a la vista de las refutaciones, de las sospechas, de los argumentos de los sofistas, de la confusión ambiental, de la manipulación por los poderosos... ¡desesperamos de la idea de verdad! Este mecanismo opera en forma especialmente fuerte contra la gente joven, porque —observa Aristóteles— caer en el escepticismo es una de las salidas al no saber cómo responder a los argumentos que les dan los sofistas.⁴⁸ Por eso es tan fácil ver jóvenes, que creían en la verdad a los diecisiete años, y ya no creen en la verdad cuando tienen veinticuatro. Están ya entrando en la vejez. Ojalá pudieran —parafraseando a Violeta Parra— *volver a los diecisiete*, aunque fuese *después de vivir un siglo* de malas experiencias.

Nunca es demasiado tarde —ni demasiado pronto— para adoptar una determinación que oriente el resto de la vida hacia una salida esperanzadora. Quizá ya teníamos una opción por la verdad y por la filosofía, o quizá, sin darnos cuenta, estábamos deslizándonos hacia la sofística. Esta es una de las opciones que quiero proponer al inicio de este libro: por la filosofía contra la sofística; por el amor a la verdad y a sus consecuencias, contra la desesperación del escepticismo y del cinismo. Por Sócrates contra Calicles.

⁴⁷ *GM*, I, 2.

⁴⁸ *Cf.* Alvira, Tomás *et al.*, *Metafísica*, Pamplona, Eunsa, 1993, pp. 20 y 21.